

afligida Madre? Ella no ignora dónde está el cuerpo de Jesús, y vuela su sensible corazón al sepulcro, del que no quiere separarse ni un instante; mas al contemplarle sin vida, amortajado, cubierto de heridas y de sangre, el llanto mana de sus ojos cual de fuentes que no pueden agotarse; su pecho exhala tristísimos gemidos, y María puede exclamar: «Cegáronse mis ojos de tanto llorar; porque no hay reposo alguno hasta que el Señor vuelva desde el cielo su vista y se ponga á mirar las muchas lágrimas que he derramado.... Las aguas de la tribulación descargaron como un diluvio sobre mi cabeza..... Está lejos de mí el consolador que me haga revivir» (1).

Hé aquí la triste situación de nuestra tierna Madre: si penetra en la tumba de Jesús, no halla más que objetos que la llenan de amargura; si viene á refugiarse, como en postrer asilo, en su tierno corazón, en él no encuentra sino una soledad donde se vuelve más profundo y vivo el tormento que devora su alma; y así pasa todo el tiempo que dura en el sepulcro el cuerpo de su Hijo.

¡Oh, Madre inconsolable, que en tu triste soledad padeces la más terrible pena, separada del Señor: ten compasión de tus pobres hijos, que acaso también estemos separados de Jesús! Quiso el Señor que sufrieras la soledad que hemos contemplado, para que tu ternura hacia nosotros fuese más sensible y amorosa. Tú supiste lo que es perder á Dios, estar separados del Señor, y la

(1) Thren., III, 49 et seq; I, 16.

indécible y tristísima congoja que llena el alma en esa situación desventurada. Mas con todo, tu pérdida no es comparable con la nuestra: perdimos á Jesús por nuestra culpa; el remordimiento destroza el corazón; el castigo está sobre nosotros; Tú aumentas el mérito y virtudes cuando lo pierdes; la paz de tu alma no se turba, y en pos de tus pesares tendrás que recibir la recompensa y consuelos inefables del Señor. Madre santa, tierna y compasiva, no permitas que nos separemos del Señor, ni permanezcamos en desgracia suya. Tus lágrimas, tu aficción, tu amarga soledad aboguen por nosotros; preséntalas á Dios, y alcánzanos vivir siempre en la divina gracia.

CAPÍTULO XVII.

JESÚS RESUCITADO.—EL GOZO DE MARÍA.

§ I.



LEGÓ la hora feliz en que volvió de entre los muertos, lleno de hermosura y gloria, el Divino Salvador; hora de triunfo y de alegría, y divina bendición. Durante aquellos tres días que guardó el sepulcro el cuerpo del Señor, estaba oyéndose una voz dulce y melodiosa que decía: «¡Ea, levántate, gloria mía, mi corazón;

apresúrate, ¡oh salterio y cítara!» Y aquel Dios á quien así se hablaba, del fondo de la tumba respondía: «Yo me levantaré al rayar el alba» (1). No hay para qué decir que esa voz era la voz de la Madre del Señor (2). ¿Quién como ella ardía sobre la tierra en abrasados deseos de contemplar el rostro de Jesús, deslumbrante de belleza, y resplandeciendo con la luz de su gloriosa y divina majestad? Ó ¿quién como María suspira por el completo triunfo del Eterno, y la justificación de los mortales? No era, pues, solamente el corazón de la Madre el que estaba interesado en ver á Jesucristo triunfante de la muerte y del infierno: era también la criatura, que deseaba la exaltación del poder y de la bondad de Dios; que ama la gloria de la divina justicia y de la magnificencia, y el esplendor que adornan y embellecen, por decirlo así, á nuestros ojos, las obras de la misericordia y clemencia del Padre celestial.

Pero, antes de continuar, oigamos lo que nos dice el Angel de la Escuela sobre la resurrección del Divino Salvador: su necesidad, el tiempo, el orden y su causa (3).

Fué necesario que Jesucristo resucitase de entre los muertos; de esta suerte brillaría hermosa y pura la divina justicia que exalta á los que por Dios se humillan; y ¿quién pudo humillarse como el Divino Salvador, que se humilló hasta la muerte, y muerte de cruz? Parece olvidar su ado-

(1) Ps. LVI, 9. La-Mollett, hic.

(2) D. Bonav., Medit. 87.

(3) D. Th., 3 p. q. 53, a. 1, 2, 3, 4.

rable é infinita grandeza; así la cubre en tanto grado con el velo de su carne, y se anonada á sí mismo, rindiendo al Padre el más cumplido y glorioso testimonio de su amor y su obediencia incomparables. ¿Cómo pudiera aquel Padre amorosísimo no haber escuchado la voz de su Hijo muy querido, que en otro tiempo le había hablado en estos términos: «Padre, glorifica á tu Hijo para que tu Hijo te glorifique á Ti?..... Yo te he glorificado sobre la tierra; he acabado la obra que me diste á hacer. Ahora, pues, Padre, glorifícame Tú en Ti mismo, con aquella gloria que tuve en Ti antes que fuese el mundo» (1).

La justicia del Señor es magnífica y grandiosa en la recompensa que nos da por los trabajos y humillaciones que sufrimos por su causa: las aficciones tan breves y ligeras de la vida presente nos producen el eterno peso de una sublime é incomparable gloria (2). Esto hace con nosotros el Señor; con nosotros, que jamás podemos darle la gloria que Jesús le dió; que somos hijos adoptivos, mientras Jesús es el Hijo de su seno y el heredero de todas las cosas, por quien crió también los siglos y cuanto ha existido en ellos (3). Por esto, pues, Dios le ensalzó y le dió un nombre superior á todo nombre, á fin de que al nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno. Y toda lengua confiese que Jesús está en la gloria de Dios Padre (4).

(1) Joann., XVII, 1-4, 5.

(2) II Cor., IV, 17.

(3) Heb., I, 2.

(4) Phil., II, 9, 11.

Dilátase lleno de alegría y consuelo el corazón del hombre al contemplar los hermosos y brillantes resplandores que se cambian mutuamente, por decirlo así, el Hijo humilde y su Divino Padre. Jesús muere, y es colocado en las sombras del sepulcro, porque ésta es la voluntad del Padre; y el Padre lo levanta del sepulcro, inmortal y glorioso y coronado de honor y grandeza. ¿Quién no alabará la profunda humillación del Hijo del Eterno, que ofrece su vida por la gloria de su Padre? Y ¿quién podrá dejar de bendecir á este justo y amoroso Padre, que exaltó á su Hijo sobre todas las criaturas del cielo, de la tierra y del infierno, que doblan la rodilla al oír su nombre santo?

Era necesario que Jesús resucitase; así lo exigía la fe, la esperanza, el ejemplo y la consumación, en fin, de nuestra salud. Si Cristo no resucitó, es vana nuestra fe y todavía permanecemos en el pecado, y aun los que murieron en Cristo están perdidos sin remedio. Si sólo tenemos esperanza en Cristo mientras dura nuestra vida, somos los más desdichados de todos los hombres. Pero Jesucristo ha resucitado de entre los muertos, y ha venido á ser como las primicias de los difuntos. Ahora bien: si se predica á Jesucristo como resucitado, ¿cómo es que algunos dicen que no hay resurrección de los muertos? (1).

La resurrección de Jesucristo es el modelo perfecto de nuestra vida: como Su Majestad resucitó de muerte á vida para gloria del Padre, así tam-

(1) Cor., XV, 12, 17-20.

bién debemos proceder nosotros con nuevo tenor de vida. Y si hemos sido injertados con Él por medio de la representación de su muerte, igualmente lo hemos de ser representando su resurrección, haciéndonos cargo que nuestro hombre viejo fué crucificado juntamente con Él, para que sea destruído en nosotros el cuerpo del pecado, y ya no sirvamos más al pecado....., sino que debemos vivir para Dios en Jesucristo Nuestro Señor (1).

La consumación y la corona de nuestra salud exigían también que Jesús se levantase inmortal y glorioso del sepulcro; pues si Su Majestad fué entregado á la muerte por nuestros pecados, resucitó por nuestra justificación (2).

El tiempo en que Nuestro Señor resucitó, fué asimismo necesario para tener un nuevo testimonio de la Encarnación del Divino Verbo. Resucitó por su propia virtud, no quedando en el sepulcro hasta el fin de los siglos; y ciertamente, sólo Dios es quien puede obrar tan gran maravilla. Mas ésta no tiene lugar al instante que Jesús ha muerto, sino hasta el día tercero; probando así que en realidad murió por nosotros Aquel que verdaderamente se hizo hombre por salvarnos (3).

¡Oh, cuán hermoso y amable es el sueño de Jesús en el sepulcro, durante esos tres días y tres noches! Ciertamente que aquí no podemos decirle las palabras del Profeta: «Levántate, ¡oh

(1) Rom., VI, 4, 6, 11.

(2) Idem, IV, 25.

(3) D. Bon., L. 3, d. 22, a. 1, q. 6.

Señor! ¿Por qué haces como que duermes? Levántate y no nos desampares para siempre....., porque nuestra alma está humillada hasta el polvo; y estamos postrados en tierra, pegado nuestro pecho al suelo. Levántate, ¡oh Señor! socórrenos y redímenos por amor de tu nombre» (1). ¡Ah, que en ese sueño no nos desampara el buen Jesús; que no somos nosotros, sino Él, quien ha descendido hasta el polvo; que la redención de que nos habla el Rey Profeta está cumplida!.....

¡Oh, dulce sueño de mi amable Salvador, pueda yo contemplarte todos los instantes de mi vida, y abismarme en los profundos misterios del divino amor que encierras en tu apacible y silenciosa calma, para que, al dormir el sueño de la muerte, y despertando luego allá en la eternidad, podamos oír que, habiendo resucitado con Jesucristo, con Él para siempre reinaremos: «Fuisteis compañeros en las penas, ahora lo sois en el consuelo» (2).

El orden de la resurrección de Jesucristo. Su Majestad es el primogénito de entre los muertos (3); se levantó del sepulcro antes que otro alguno, con aquella vida inmortal y gloriosa que vuelve imposible la muerte (4).

Si hallamos que algunos resucitaron antes que Jesús, esto fué para anunciar en cierto modo la resurrección futura del Salvador del mundo.

(1) XLIII, 23, 25, 26. Menochio.

(2) II, Cor., I, 7.

(3) Apoc., I, 5.

(4) Rom., VI, 9.

En cuanto á la causa de la resurrección de nuestro amable Redentor, Su Majestad nos dijo: «Doy mi vida por mis ovejas para tomarla otra vez. Nadie me la arranca, sino que yo la doy de mi propia voluntad, y soy dueño de darla y dueño de recobrarla» (1). El alma y el cuerpo de Nuestro Señor, aunque separados uno de otra, estaban unidos con lazo indisoluble, á la divinidad, según cuya virtud, el cuerpo tomó de nuevo el alma, y ésta tomó también el cuerpo que había dejado por tres días; y así quedó cumplida la resurrección del Salvador por su propia y celestial virtud.

Volvamos los ojos á nuestra querida y Santa Madre. Al contemplar á Jesucristo saliendo del sepulcro entre el divino esplendor de una gloria purísima y hermosa, su tierno corazón bendice á Dios que así premia el amor, la obediencia, la humildad y todos los padecimientos de Jesús; la Santa Virgen una y otra vez adora la grande y admirable justicia del Eterno, y ve que si Su Majestad no deja sin premiar ni un vaso de agua á quien lo diere en nombre de Jesús (2), mucho menos las obras de este su Hijo amado quedarán sin galardón.

Si María cuenta los instantes que Jesús ha pasado en el sepulcro, bendice su gran sabiduría, la condescendencia santa y adorable de su amor hacia nosotros, á quienes deja confirmados en su muerte y en el poder de su diestra soberana. Ella se regocija en el Señor al contemplarle primogé-

(1) Joann., X, 17, 18.

(2) Matth., X, 42.

nito entre los muertos, y brillando con una luz que alumbrará lo más escondido de las tinieblas, destruyendo la muerte, y sacando á luz la vida y la inmortalidad (1). Mas ¿cuál era el gozo de la Santa Madre al pensar que Jesús para con Ella había tenido una providencia singular y amorosísima? A todos los demás se había dicho: «Levantaos los que estáis dormidos, salid de entre los muertos, recibid la luz de Jesucristo» (2); á María, criada desde el principio, y antes de los siglos, que no había de faltar en el futuro siglo, y que ejercía su santo ministerio ante el divino acatamiento en el tabernáculo de Dios, que tenía su trono allá en Jerusalén, el Señor no la dirige aquellas expresiones, sino estas otras: «He llenado tu alma de esplendores de gracia, he fortalecido tu cuerpo, eres un huerto bien regado, un manantial perenne, cuyas aguas jamás faltarán..... Tus delicias están en el Señor, quien te ha elevado sobre toda terrena altura» (3). Era imposible que á tales palabras el espíritu y los labios de María dejasen de brotar en abundantes raudales las más tiernas y santas bendiciones á la magnificencia y al amor de su Hijo, que la había preservado de la mancha original, en virtud de los previstos méritos de su sagrada muerte.

Si piensa en el poder de su Hijo, y en el espléndido triunfo que acaba de obtener de la muerte y el infierno, María lo vuelve á bendecir y amar.

(1) II Tim., I, 10.

(2) Isa., LX, 1, 2. Ephes., V, 14.

(3) Isa., LVIII, II, 14.

«Grande es el Señor, diría recordando las palabras de David su padre, grande y digno de toda alabanza (1). ¿Quién es semejante á Ti, oh Señor? Los cielos celebrarán tus maravillas, como también tu verdad en la congregación de los santos. Porque ¿quién hay en los cielos que pueda igualarse con el Señor? ¿Quién entre los hijos de Dios es semejante á Él, á Dios, al cual glorifica toda la corte de los santos; grande y terrible sobre todos los que asisten en su rededor? ¿Quién como Tú, oh Señor Dios de los ejércitos? Poderoso eres, Señor, y está siempre en torno de Ti tu verdad. Tú tienes señorío sobre la bravura del mar; y el alboroto de sus olas Tú lo sosiegas. Tú abatiste al soberbio como á uno que está herido de muerte; con tu fuerte brazo disipaste tus enemigos (2).

El triunfo de Jesús: cierto es que se alcanzó á costa de su sangre y de su vida; mas ¿cuánta gloria y honor conquistó para su Padre? ¿cuánta grandeza y felicidad para los hombres? Y para sí mismo aquella descendencia larga y duradera que anunció Isaías, y la voluntad del Señor cumpliéndose por su diestra soberana (3).

Hemos oído al Angel de la Escuela; oigamos ya al Serafín de los doctores.

Al salir Jesucristo de entre los muertos, inmortal y glorioso, el León de Judá, la estirpe de David, ganó la victoria para abrir el libro y levan-

(1) Ps. XLVII, 2.

(2) Idem LXXXVIII, 6-II.

(3) LIII, 10. Scfo.

tar sus siete sellos (1). Hé aquí las circunstancias que precedieron y acompañaron la resurrección del Salvador: Se abre el sepulcro, se quitan los lienzos, los ángeles bajan del cielo, los santos resucitan, y entran en la ciudad, huyen despavoridos los soldados, quedan descubiertos los judíos que los han corrompido con dinero, y Jesucristo, en fin, se presenta una y otra vez delante de sus discípulos (2).

El Señor déjase ver inmortal y glorioso, pero llevando en su sagrado cuerpo las señales de su pasión; ¿por qué ha querido el Divino Salvador que quedasen eternamente impresas en sus manos, sus pies y su costado, las señales de que hablamos? Así se verían convencidos los incrédulos de que Jesucristo había resucitado verdaderamente. «Mete aquí tu dedo, dijo el Señor á Tomás, y registra mis manos, y trae tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino fiel» (3).

Jesucristo es nuestro abogado para con el Padre; mas un abogado lleno de amor, y que se interesa verdaderamente por nuestra salud; por esto presenta delante del Eterno los más poderosos motivos para inclinarlo al perdón: los méritos de su sangre y de su muerte son esos motivos; y no queriendo el Hijo amado dejar un solo instante de pedir por nosotros á su Padre, dejó en su santo cuerpo las llagas recibidas al ofrecer por nosotros su preciosa vida, para que ellas hablen sin des-

(1) Apoc., v, 5.

(2) D. Bonav., in Joann., collat., 87.

(3) Joann., xx, 22.

canso por sí mismas, impetrando para el hombre la gracia y el perdón. Esas llagas son para nosotros irrecusable y sagrado testimonio del inmenso amor que Jesús nos ha tenido. Nos amó, y se entregó á sí mismo por nosotros (1). Y para que jamás cayese en el olvido tan tierno y soberano amor, quedaron ellas en el cuerpo de Jesús, el que nos dice, como en otro tiempo á sus discípulos: «Mirad mis manos y mis pies; Yo mismo soy» (2).

Sí, en efecto, El mismo es, Jesús, nuestro amoroso y dulce Salvador; ¿quién otro, sino Él, hubiera muerto por salvarnos, dejando traspasar sus manos y sus pies, y que fuese abierto con la ruda lanza su divino corazón? Esas llagas, pues, recuerdan su inmensa caridad, exigiéndonos pensar continuamente en su pasión y muerte.

Serán las mismas llagas, contra los impíos y todos los que no amen á Jesús, un terrible testimonio que demuestre su torpe ingratitude, y la justicia con que los condene aquel Señor á la desgracia eterna. Todo un Dios que se ha dejado llevar, por decirlo así, á tal extremo de amor hacia los hombres, merece ciertamente que éstos vivan nada más para su gloria y cumplir su santa voluntad. Negarse al amor y servicio de Jesús, después que ha muerto por el hombre, y que sin cesar presenta al Padre sus benditas llagas, volviéndole propicio, es pronunciar contra sí mismo el hombre, la sentencia de su eterna muerte.

Por el contrario, respecto de aquellos que oyen

(1) Gal., II, 20.

(2) Luc., xxiv, 39.